

CAPITULO III.

Novelistas mexicanos después de la Independencia. — Novelas de Fernando Orozco y de Diaz Covarrubias.

El novelista mexicano más antiguo de que tenemos noticia, después de que México se emancipó de España, es D. Anastasio M^o de Ochoa, del cual hemos hablado largamente en la parte I^a de esta obra (cap^o 11). Allí dijimos, y ahora conviene repetir, que Ochoa escribió una novela de costumbres mexicanas, de la cual, desgraciadamente, ni siquiera el nombre ha quedado.

Después de Ochoa, uno de los primeros que cultivaron en México el género novelesco fué el Conde de la Cortina, pues, según sus biógrafos, dió á luz dos novelas (1845), una intitulada *Leona*, novela romántica y otra *Euclea ó la Griega de Trieste*.

Viviendo todavía el Conde de la Cortina, nosotros, que comenzabamos entonces nuestros ensayos literarios, nos dirigimos á él para conseguir un ejemplar de sus obras con el objeto de estudiarlas, creyendo que al autor mismo sería fácil proporcionarnos sus propios trabajos.

Sin embargo, muy pocos de ellos tenía á la mano y pudo entregarnos el Sr Cortina, entre los cuales no se hallaban las novelas mencionadas, que en vano hemos buscado después por diversos conductos. Sospechamos que dichas novelas se imprimieron en el folletín de algún periódico, habiéndose diseminado y perdido fácilmente.

Tanto más es de sentirse esa pérdida, cuanto que los antecedentes de Cortina hacen suponer que *Leona* y *Euclea* son obras de mérito en su línea.

Cortina fué un escritor de primer orden; de talento, buen juicio, vastísimos conocimientos, esquisito gusto literario,

mucha corrección y no falto de imaginación ni sentimiento, aunque sus inspiraciones no llegaban á lo sublime. Al hablar de los escritores científicos trataremos detenidamente del Conde de la Cortina, bastando aquí con haberle señalado un puesto entre los novelistas nacionales.

Aunque el escritor que nos ocupa produjo también algunas composiciones en verso, no fué este el género á que más se dedicó y en que más sobresaliera, por el cual motivo no hemos colocado á Cortina entre los poetas mexicanos.

Empero, cuando más adelante escribamos su biografía y demos noticia de todas sus obras, no omitiremos citar las que se hallan en verso.

Pasemos ahora á tratar de otros dos novelistas, respecto á los cuales hemos sido más afortunados, pues nos son conocidas sus obras y podemos analizarlas.

Fernando Orozco y Berra. Ya hemos hablado de este escritor en la parte I^a de la presente obra, considerándole como poeta. Vamos actualmente á dar noticia de una novela que escribió, la cual le ha dado mucho nombre en México: se intitula *La Guerra de treinta años*.

Pertenece esa novela al género realista, aunque con algunos rasgos de idealismo, según explica el autor desde la *Introducción* con las siguientes palabras.

«En este libro no hallará el lector ni maldiciones, ni puñaladas, ni brujas, ni siquiera intrigas, ni enredos. Es una relación fría, una hipótesis si se quiere, una historia imaginada, en parte, en parte sentida.

«No es tampoco un sermón de moral, ni un curso de galantería, ni un cuento de las *Mil y una noches*; de todo tiene y principalmente de amor, amor mezclado con el desaliento y la tristeza; amor á la moda del siglo, escéptico, ideal, y todo lo demás que nos traen lo vientos de allende los mares.

«Pero la novela ha tomado el mismo giro que la pintura, los personajes se toman *del natural*, dejando á la imaginación solo *los adornos*; y si es necesario presentar á una mujer desnuda, ó á un hombre en el acto de meter la mano en la arca que vá á robar, así se pintan, *porque esa es la*

«verdad..... Ese tienen mi historia y la agena; no «ocurriré al ingenio ni á la imaginación, sino á la memoria «de los sucesos que ví ó en los que fui actor.»

De conformidad con lo explicado por Orozco y Berra respecto al caracter esencialmente realista de su novela, hemos oído decir á un individuo verídico y de buen juicio, que él conoció en Puebla á varias de las personas á quien nuestro novelista se propuso retratar en su obra.

Relativamente á los rasgos idealistas que se encuentran en *La Guerra de treinta años*, presentaremos algunos ejemplos.

«La luz de la luna hermosa todos los objetos y á las mujeres las diviniza; bañando muchas veces la frente de Luisa daba á su fisonomía un colorido tan apasible, más sombras tan suaves, un perfil tan vago y tan bello que me deleitaba yo contemplándola. Luisa tenía siempre levantados los ojos al cielo y reflejaban la luz del astro sus dos pupilas negras con un brillo que me deslumbraba.»

Luisa era una de las mujeres á quien amó Gabriel, protagonista de la obra que examinamos.

He aquí cómo Gabriel explica su amor por María, otra heroína de la novela, amor puro, sin una gota de sensualidad, tal como lo iniciaron, inspirados por la idea cristiana, los trovadores provenzales, y lo desarrollaron los poetas italianos, imitados después por los españoles y demás europeos.

—«Luisa me había encaminado por la senda del materialismo; pero María supo desviarme de ese mal camino, guiándome á la fuente pura de los goces del alma; platonismo suelen llamar á ese amor sin deseos lascivos, sin excitación, sin arrebatos, sin materialidad, en fin; ¿qué importa el nombre? Yo sé que la mujer que sabe mantener ese fuego claro y blando de un afecto delicado; la mujer que tiene bastantes recursos morales para fijar sólo allí toda la atención de su amante y no permite que ni un sólo pensamiento empañe la castidad del corazón, esa mujer, digo, vale más que «la Venus lúbrica con todas sus seducciones.»

De la misma manera amó Gabriel, más adelante, á la que fué su predilecta, á su prima.—He aquí cómo se explica sobre el particular:

«Un amor concentrado, constante, tenaz, que no vacila «sino que se amortigua para renacer más ardiente; un amor «de poeta que no tiene ojos, ni voz, ni alma sino para su «amada.»

Por lo dicho hasta aquí se habrá ya comprendido algo del argumento de *La Guerra de treinta años*; pero vamos ahora á explicarlo con toda claridad.

La Guerra de treinta años no es nada parecido á la obra histórica que con el mismo título escribió Schiller; es una novela que consiste en la relación hecha por el protagonista, Gabriel, de sus aventuras amorosas durante los 30 primeros años de su vida.

Comienza Gabriel por referir su primera impresión en la amiga, cuando sólo tenía 7 años; un día Gabriel planta un beso á su amada, acto que castiga su maestra con azotarle.

Así comenzaron las penas que las mujeres ocasionaron á Gabriel; ese fué el resultado de su primera guerra, de su primera batalla amorosa.

Que el amor puede germinar desde la edad tierna lo testifican personajes reales, como Dante y Sanazaro. Dante dice en su *Vita nuova* que amó á Beatriz desde sus 7 años y Sanazaro refiere en la *Arcadia* que de 8 años se enamoró de Carmonisa.

Apenas entrado Gabriel en la adolescencia, le solicita artificioosamente Agustina, mujer liviana de 40 años, pero fresca y bien conservada; gracias á la inocencia y timidez propias de la edad, Gabriel escapa á las seducciones de Agustina.

Más adelante nuestro héroe se prenda sensualmente de la joven Luisa, quien le olvida á la primera ausencia.

Como un contraste con Luisa, se presenta luego la virtuosa María, que inspira á Gabriel un amor espiritual, y á la cual Gabriel abandona injustamente.

Un nuevo contraste presentan Angela y Serafina; Angela llega á enfermarse y á morir de amor por Gabriel; Serafina le desdona cruelmente y hasta le desprecia.

Esta contradicción produce el resultado natural de que Gabriel se encapricha en perseguir á Serafina, en que llegue á ser su pasión más profunda y duradera.

Alguna vez exclama Gabriel: «la he de amar hasta la

"Inuerte... este juramento lo hice con la fe de un supers-
"ticioso."

El protagonista de la novela, para distraerse de los des-
denes de Serafina, enamora á otras mugeres, entre ellas á
una vieja rica, Doña Luz, y á una graciosa cómica Lola.

A propósito de Lola hace Gabriel la siguiente declara-
ción:—"Divididos en clases los placeres femeninos, reservé
"mi corazón para Serafina, mi ingenio para Lola, mi bolsi-
"llo y mi salud para... las vendedoras de amor."

Al cabo de los 30 años manifiesta Gabriel el resultado de
sus empresas eróticas con estas desconsoladoras palabras,
que vienen á ser la consecuencia de la novela, según el sis-
tema filosófico del autor.

—"Treinta años! ¿y qué he gozado? ¡Treinta años de gue-
"rra con las mugeres! ¿y qué triunfo he alcanzado? Para go-
"zar en el mundo senecesita endurecer el corazón en el eri-
"men y cerrar los ojos á la justicia y el pudor. El placer
"más inocente y más puro ha de comprarse con dinero ó
"con lágrimas; para encontrar el dinero es preciso arras-
"trarse por el suelo como las víboras."

Conocida ya la escuela á que pertenece *La Guerra de
treinta años* y su argumento, podemos manifestar nuestra
opinión sobre su mérito literario: creemos que es una obra
mediana, una obra donde se encuentra algún oro, entre
mayor cantidad de arena.

La Guerra de treinta años tiene un estilo que se recomien-
da por su claridad y sencillez; nada de afeites gongóricos
antiguos ni modernos. Hay cuadros agradables por su ver-
dad, por su naturalidad, tanto de cosas como de personas.

La novela, aunque realista, no desciende á lo grosero ni
á lo asqueroso, y está realizada con rasgos poéticos de idea-
lismo. Tal cual máxima de moral, algún pensamiento nue-
vo y sólido se encuentran en la obra que nos ocupa.

La Guerra de treinta años no está escrita en buen caste-
llano, sino en lo que hemos llamado *dialecto mexicano* al ha-
blar de *Periquillo*, ésto es, el idioma español adulterado con
vicios de analogía, sintáxis y prosodia.

Esto puede disculparse cuando se supone que una nove-
la pasa en México; pero es de advertirse que la acción de
la obra de Orozco se verifica en Burgos y en Madrid, cen-
tro del lenguaje castizo.

No faltan también galicismos y frases francesas innece-
sarias, como *tête à tête*, *commun'il faut etc.*

La novela que examinamos carece de interés, es una sé-
rie de cuadros que podrían aislarse y que no forman un
argumento propiamente dicho, con su principio, medio y
fin; no hay enredo, no hay dificultades ningunas.

Ya hemos visto antes que el autor mismo califica su tra-
bajo de una *relación fría*. Agréguese á esto la monotonía
del asunto esencial de los cuadros, el amor bajo diversos
aspectos, pero siempre el amor.

Ya se ha censurado desde La Harpe hasta Hegel, y por
otros muchos lo que la literatura moderna abusa de la pa-
sión amorosa, como si el mundo físico y el moral no presen-
tarán otra entidad en que ocuparse.

Orozco y Berra llenó dos tomos con sus aventuras amo-
rosas, y para ésto tuvo que acudir á detalles nimiamente
cansados y á la vez insulsos de la vida común, á diálogos pe-
sados, á las miradas de los amantes, las señitas, los bille-
tes, los apretones de manos, los besos, los celos, el enojo y
la reconciliación.

Todo ese conjunto erótico tan repetido, tan trillado, tan tri-
vial, forma la tela de donde salieron los dos tomos de *La Gue-
rra de treinta años*. Agréguese á ésto que en los lances amo-
rosos de Gabriel no faltan algunas escenas impúdicas, co-
mo cuando refiere que «se apretaba con Luisa y le daba
tantos besos que ella le decía: ¡no te cansas de besarme?»

Pasando Orozco frecuentemente de un cuadro á otro, no
presenta caracteres propiamente dichos, así lo confiesa él
mismo en la Introducción, diciendo: «Todos los personajes
son bocetos y no figuras acabadas; el cuadro está sólo per-
filado é indicadas las tintas.»

La conclusión en la filosofía de la obra es falsa, pertenece
á la escuela pesimista que Orozco llama escéptica; el pesi-
mismo es falso, según otra ocasión lo hemos dicho, porque
no es cierto que todo sea malo en el mundo, ni que la vida
sea una serie continua de penas. La ley de la vida es la al-
ternativa y el contraste, la virtud y el vicio, sucesos felices
y sucesos desgraciados. Por eso decían acertadamente los
latinos: *sperari miseri, canere felices*.

Es un error vulgar lo que asienta Orozco respecto á que
para adquirir dinero *sea preciso arrastrarse como las víboras*,

La economía política y la común experiencia enseñan que por medio del trabajo, del ahorro y del orden, puede acumularse una fortuna.

Sin embargo, debemos agregar en defensa de Orozco que, según lo que explica en la *Introducción*, su escepticismo sólo se refiere á los acontecimientos de la vida presente, pues dice: «La creencia en otra vida es la garantía del placer sincero, positivo, inagotable; el único que satisface al alma.»

De los pasajes impúdicos de su novela, se disculpa Orozco manifestando ser defecto de escuela; que ha sido extrañado por el mal ejemplo de ingenios anteriores.

Nosotros diremos sobre este punto, que el criterio de autoridad no debe sobreponerse al de la razón, pero que, efectivamente, los escritores no pueden librarse completamente de la atmósfera literaria que respiran, como en tiempo de peste nadie está libre, en lo físico, de contraer una enfermedad; la impudicia es un defecto que se encuentra en la novela realista, desde el aplaudido Bocaccio hasta el censurado Zola.

Concluiremos nuestro estudio sobre Orozco y Berra dando algunas noticias sobre su persona, y explicando que para analizar la *Guerra de treinta años*, nos hemos valido del autógrafo mismo, el cual existe actualmente en poder de D. Francisco Sosa.

Fernando Orozco y Berra, nació en San Felipe del Obraje, á Junio 3 de 1822. Hizo sus estudios en México hasta comenzar el de Medicina que concluyó en Puebla, donde se recibió de médico en 1845.

Volvió después á la Capital y allí publicó, en 1850, *La Guerra de treinta años*, en dos tomos con más de 300 páginas cada uno. Al año siguiente murió siendo redactor del «Siglo XIX.»

Antes había escrito en otros periódicos, siendo el primero de ellos uno de Puebla, «*El Extracto*,» que se ocupaba de crítica teatral.

Como político, perteneció Orozco al partido progresista; además de sus obras que aquí, y al tratar de los poetas hemos citado, escribió unos *Apuntamientos*, que quedaron inéditos y parece se han perdido, con el objeto de formar la Historia del Teatro en México.

Juan Díaz Covarrubias, nació en Jalapa á 27 de Di-

ciembre de 1837, hijo del poeta D. José de Jesús Díaz y de D.^a Guadalupe Covarrubias. En Septiembre de 1844, sin que sus padres lo supieran, fué espontáneamente á la escuela de primeras letras que dirigía en Jalapa D. Florencio Aburto y arregló con éste su recepción, razgo de precoz amor al estudio, digno de mencionarse, así como la circunstancia de que á los 7 años de edad ensayó redactar un periódico.

Nuestro escritor sufrió la desgracia de perder á su padre cuando apenas tenía 9 años, quedando reducido á la pobreza y sin más amparo que la madre. Esta se radicó en México con su familia, hacia 1848, y allí fué donde D. Juan recibió educación científica y literaria, comenzando sus estudios en San Juan de Letrán, y llegando á practicar medicina en el Hospital de San Andrés, por el año de 1857, mismo en que recibió un gran pesar, la muerte de su virtuosa y querida madre.

Desde antes, en 1854, Díaz Covarrubias había experimentado otra clase de sufrimientos, las contradicciones de un amor desgraciado. Amó profundamente á una joven de la clase media, por la que fué correspondido al principio, pero desgraciado después; esto último, según parece, con motivo de las escaseces pecunarias del poeta.

Aun más desgraciado que sus amores fué el fin de Díaz de Covarrubias. En Abril de 1859 los liberales, á cuyo partido pertenecía, ocupaban militarmente á Tacubaya, encontrándose con ellos nuestro Don Juan, no como beligerante, sino en clase de médico.

La ciudad fué atacada y tomada por los conservadores; su jefe, el General Marqués, violando las leyes de la guerra, mandó bárbaramente pasar por las armas al joven médico y á sus compañeros.

En vano Díaz Covarrubias pidió permiso siquiera para escribir á su familia y para confesarse con un sacerdote; nada se le concedió y fué fusilado.

Díaz Covarrubias escribió las poesías de que hemos hablado en otro lugar, así como los artículos y las novelas que vamos á examinar ahora, valiéndonos para ello de la edición de sus obras completas. (México—1859.)

Esas obras comienzan por una série de artículos relativos á escenas y costumbres mexicanas, con el título de *Im-*

presiones y Sentimientos; allí el autor emite la opinión que se tenía formada del amor, del baile, el matrimonio, la juventud, la literatura, &c.

Según la impresión que dominaba en el ánimo del autor, los artículos á que nos referimos son serios, humorísticos, graves y satíricos. Algunos contienen apenas un pensamiento ó una máxima; varios desenvuelven completamente una idea ó expresan un sentimiento; otros son la sencilla relación de un hecho.

En una palabra, Díaz Covarrubias quiso comunicar fielmente al lector la manera con que él pensaba, sentía ó juzgaba.

Después de *Impresiones y Sentimientos* sigue una obra llamada *Sensitiva*. *Sensitiva* es una breve relación, y generalmente en buen lenguaje y estilo, sin llegar á verdadera novela, carece de trama, de dificultades, de interés.

Su argumento, en gusto ultra-sentimental se reduce á referir, exagerando los sentimientos, que la joven Luisa, enamorada de Fernando y correspondida por éste, se muere de pesar porque su amante le es infiel.

Sin embargo, Fernando llega sin saber cómo ni por qué, en los momentos de la agonía de Luisa.

—«Entonces, dice el autor de *Sensitiva*, hubo un momento durante el cual aquellos dos jóvenes se estrecharon mutuamente sin hablar, confundidos en un solo ser, *exhalando su alma en un beso final, quemante, apasionado, que resonó en la estancia.*»

La primera obra de Díaz Covarrubias que merece el nombre de novela es la intitulada «*La clase media*,» cuyo argumento vamos á compendiar.

Cierto joven rico, Isidoro, abusa de una muchacha pobre, Amparo, adormeciéndola con un narcótico, ayudado por la madrastra de aquélla; Amparo dá á luz una niña que á cierta edad se roba la madrastra.

Más adelante, un médico de la clase media llamado Román se enamora de Amparo y consigue devolverle á la hija que se hallaba con el padre, Isidoro, para lo cual hubo de por medio un duelo entre éste y el médico.

No obstante tales contradicciones, Román pretende casarse con su amada; pero ella no lo consiente por un exceso de dignidad y de pudor, porque considera que hallándo-

se deshonrada no es digna de un hombre tan respetable como el médico, su pretendiente.

Este, despechado, huye del país (México), y se coloca de médico en un navío que va para Europa; la hija de Amparo muere en la infancia y la madre toma el hábito en el convento de Santa Brígida.

Durante estos acontecimientos, el aristócrata se casa con Eulalia, señorita rica y hermosa, pasando con ella y con su dinero una existencia muy feliz.

El recurso romancesco de que un bribón goce de una muchacha ministrándole un narcótico, no es nada nuevo; basta recordar al Jaime Ferrand de *Los Misterios de París*; basta observar que Díaz Covarrubias cuenta igual historia en su novela *Gil Gómez*, refiriéndose á D^a Regina.

Otros recursos de *La Clase media* pueden tacharse de forzados, de demasiado casuales; al pícaro Isidoro le toca en el duelo la pistola cargada y con ella hiere gravemente al virtuoso Román. Amparo se encuentra como costurera en el baile con que Isidoro festeja su casamiento; la hija de Amparo muere cuando conviene para el plan del autor de la novela; el médico Román cura, á veces, á modo de un hechicero, con la música.

Los personajes de *La Clase media* se dividen en dos grupos, uno de ángeles, los pobres, y otro de demonios, los ricos. La exageración con que Díaz Covarrubias ataca á los ricos y enzalza á los pobres produce caracteres falsos; el de Amparo toca en el idealismo, que no cuadra bien en una novela realista.

La circunstancia de que los malos queden triunfantes y los buenos vencidos, no es de una moralidad satisfactoria para todos; puede decirse, como lo dice Sue, que Dios castiga al malvado en la otra vida, pero ¿qué efecto causará ese argumento en los que sólo creen en la vida actual? Bueno es que el escritor en ninguna manera aliente el vicio, que no le abra ningún resquicio por donde pueda introducirse, y para ésto conviene suponer un castigo inmediato.

Lo principal de todo es que las ideas socialistas de Díaz Covarrubias, sus declaraciones contra los ricos y en favor de los pobres, son falsas y vulgares. Son falsas, porque según la estadística de México y de todos los países, la clase acomodada es la menos viciosa, la menos criminal, y se

comprende, en virtud de tres razones: la mayor educación que recibe; la idea de honor que se desarrolla en ella; la ninguna necesidad de procurarse las cosas por medios violentos.

Respecto á la poca originalidad del sistema socialista de Díaz Covarrubias, aplicado á la novela, diremos que el autor en eso no hizo más que copiar á los novelistas franceses Sue, Hugo, Sand y sobre todo á Souvestre en «*El Rico y el Pobre*.»

Díaz Covarrubias concluye su novela con unas reflexiones pesimistas; ya hemos refutado el pesimismo al hablar de Orozco, y aun antes en la parte primera de esta obra (capítulo 10); pero lo más notable es que Díaz Covarrubias mismo contradice su sistema cuando declara que Isidoro y Eulalia eran felices.

He aquí algunas de las palabras de nuestro escritor: «Yo sólo escribo lo cierto, y fuerza es confesar que en la vida no hay más que penas, sufrimientos, tal vez alguna felicidad que huye en el momento de alcanzarla.»

No obstante los defectos que hemos señalado á la novela *La Clase media*, no carece enteramente de mérito, en virtud de las circunstancias que vamos á indicar.

En *La Clase media* hay una sola acción y está bien concentrada en la protagonista, Amparo. Esa acción marcha desembarazada, sin digresiones impertinentes, diálogos cansados, ni descripciones nimias. El realismo de Díaz Covarrubias no llega á degenerar en *naturalismo*; se contiene en los límites de lo decente; no es grosero, sucio ni obsceno.

Los lances forzados no llegan á lo verdaderamente absurdo, á lo imposible, como se vé en otras novelas antiguas y modernas.

El desenlace no es violento y no carece de filosofía en el punto de vista religioso; la circunstancia de que el desgraciado, el afligido se acoja á Dios, como lo hace Amparo refugiándose en el convento. «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» dijo Jesús en aquel admirable sermón que Rousseau nunca se cansaba de elogiar.

Respecto á la forma de *La Clase media* basta indicar que el lenguaje es generalmente natural y correcto, aunque se notan algunas faltas léxicas ó gramaticales.

El estilo es agradable y por lo común bien sostenido, guardando el tono conveniente, medio ó templado, sin nada de oropel neo-gongorino.

Otra obrita de Díaz Covarrubias llamada *El diablo en México*, es de menos extensión é importancia que *La Clase media*. Se reduce á una novelita de costumbres mexicanas, realista con algunos rasgos de sentimentalismo, á veces exagerados.

El argumento de *El Diablo en México* consiste únicamente en referir que Enrique y Elena se aman; pero por conveniencia Enrique se casa con una joven llamada Concha, quien tiene un hermano Guillermo, con el cual Elena llega á casarse, también por cálculo.

La idea de Díaz Covarrubias es demostrar que en el mundo la cabeza triunfa del corazón. «Entonces, dice el autor de la novela, de espiritualista ciego, el hombre se vuelve un brutal positivista, y al perder las ilusiones, en hombre frío y escéptico.»

Hay que advertir á nuestro escritor que no siempre es pernicioso, sino generalmente útil guiarse por la cabeza y no por el corazón; es decir, por el criterio de nuestros actos la razón y no el sentimiento.

Sentencia muy antigua y muy verdadera es esta: «*Si vis omnia tibi subicere, te subjice ratione.*»

Por otra parte, aun cuando lo más útil, lo más conveniente es guiarse por medio de la razón, generalmente no lo practican así los hombres que, por lo común, se entregan á sus pasiones, á sus apetitos, y se hacen desgraciados. La Rochefoucauld decía: «*L'esprit est souvent le dupe de l'erreur.*»

Otra circunstancia digna de contradicción encontramos en la novela que nos ocupa: cuando aprovecha las oportunidades que puede para lanzar sus acostumbrados declamaciones socialistas, que ya hemos impugnado anteriormente como falsas y vulgares.

Las teorías de Díaz Covarrubias y algún otro sofador como él no han tenido eco en México; nadie se ha tomado

el trabajo ni siquiera de impugnarlas; nadie las ha tomado á lo serio.

Y es que en México, menos que en ninguna otra parte, tiene razón de ser el socialismo; aquí todo el que quiere trabajar un poco y economizar algo, se hace de alguna fortuna.

Por lo demás, *El Diablo en México*, aunque no tiene enredo ni interés, se lee sin fastidio, porque su estilo es generalmente sencillo, natural y claro, y porque las costumbres nacionales están descritas con exactitud; la misa del altar del Perdón en Catedral, el Teatro de Iturbide, San Angel con sus fiestas campestres, ciertos usos de nuestros aristócratas ó demócratas, etc.

La novela más extensa, más conocida de Díaz Covarrubias es *Gil Gómez el Insurgente ó la Hija del Médico*. Vamos á tratar de ella.

Gil Gómez era un huérfano, criado en casa de cierto hacendado español de la provincia de Veracruz, el cual tenía un hijo llamado Fernando. Este y Gil se trataban y amaban como hermanos.

Fernando estaba tiernamente apasionado de Clemencia, hija de un médico que vivía cerca de la casa de aquél. Gil Gómez servía de tercero sagaz y discreto á los dos amantes.

Cuando la vida de esas personas se deslizaba tranquilamente, comenzaron los movimientos que dieron lugar á la Independencia de México, y Fernando fué colocado como capitán en la guardia del Virrey Venegas, por un tío suyo, brigadier del ejército colonial.

El padre de Fernando evitó, al pronto, que este fuese acompañado de Gil Gómez; pero el amor que Gil tenía á su hermano adoptivo era tal, que se escapó de la hacienda para seguirlo.

Piérdese en el camino y va á dar al pueblo de Dolores, la memorable noche del 15 de Septiembre de 1810; hospédase en la casa del cura Hidalgo, éste le hace inmediatamente tomar parte en su empresa patriótica y Gil Gómez mismo es

quien alborota y convoca á las armas á los habitantes de Dolores.

Constante compañero de Hidalgo, Gil Gómez le acompaña en todas sus expediciones, hasta que el caudillo de nuestra independencia, es aprehendido y fusilado por Elizondo.

Durante estos acontecimientos, supone el autor de la novela que existe en México una bellísima dama llamada Regina, de noble estirpe, pero de mala conducta, la cual odia frenéticamente al pueblo, porque en la época de la revolución francesa fueron guillotinado algunos de sus parientes, otros de ellos más adelante por los demócratas españoles y últimamente un hermano suyo había perdido la vida en Guanajuato, á manos de los insurgentes mexicanos.

Doña Regina tenía por pretendiente á un gran señor llamado Don Juan, y ella le promete entregársele si la vengada del pueblo, de los demócratas, dando muerte al cura Hidalgo.

Parte Don Juan de México, se presenta al cura como adicto á su causa, y varias veces trata de asesinarle, impidiéndolo siempre el fidelísimo Gil Gómez.

Por fin logra Don Juan conseguir su intento, pues él fué quien puso á Hidalgo en manos de Elizondo, dejando antes á Gil Gómez casi muerto de un balazo.

Entretanto Don Fernando que vivía en México al lado de Venegas, conoce á Regina y se enamora de ella. Regina corresponde á los sentimientos de Fernando, y como se presenta el obtáculo del compromiso que ella había contraído con Don Juan, procura excitar contra éste á Fernando, indicándole á que dé muerte á aquél.

La dama no consigue su malvado propósito, pues Don Juan, aunque es vencido y humillado por Fernando, comunica á éste la clase de mujer que era Doña Regina; Fernando, despechado, abandona á México y se dirige al tranquilo hogar de su padre.

Don Juan, no pudiendo olvidar las injurias de Fernando le espía con objeto de vengarse; síguelo en el camino y le espera en un punto ventajoso para asesinarlo, consiguiendo clavarle una bala en una pierna, que hace caer á Fernando del caballo.

En aquel momento supremo aparece milagrosamente un

capitán de insurgentes, Gil Gómez, quien salva á Fernando y da muerte á Don Juan, su antiguo competidor.

Fernando y Gil Gómez llegan á la hacienda, allí saben que Clemencia se halla en agonía y se trasladan luego á la casa del médico; apenas tuvo tiempo Fernando de recoger el último suspiro de Clemencia, la cual había contraído una enfermedad, ocasionada por la ingratitude de su amante.

Tal es lo substancial de *Gil Gómez el insurgente*. De su análisis resulta el conocimiento de las buenas y malas cualidades que vamos á manifestar.

El lenguaje es generalmente correcto, sencillo y claro; nada de gongorismo, ésto es, de alambicamiento de ideas ni de palabras.

Raro barbarismo, galicismo ó provincialismo hemos notado en Gil Gómez. Se escapó, por ejemplo, á Díaz Covarrubias decir *papelote* en vez de *papatote*; esta palabra no es aumentativo de *papel*, sino una alteración de la voz azteca *papalotzin*, mariposa. Así llamaron los mexicanos á lo que en buen castellano se conoce por *la cometa*.

El estilo de Díaz Covarrubias puede calificarse de elegante, á lo cual no se opone su sencillez de lenguaje, sino que, por el contrario, la sencillez es una condición de la elegancia. Cuando no hay sencillez resulta afectación y no elegancia.

Así entre las personas de buena sociedad no se considera como elegante el recargo de adorno en los trajes y muebles; á ésto se llama familiarmente *charro*.

Empero, Díaz Covarrubias suele tener, á veces, algunos arranques poéticos, que no cuadran en una novela *histórica*, la cual debe tender mas bien al realismo que al idealismo, supuesto que se ocupa en acontecimientos verdaderos, reales.

Los arranques poéticos á que nos referimos, toman generalmente la forma de apóstrofes, unos cortos y otros extensos.

Tiene la novela *Gil Gómez* algunos diálogos cansados y algunas descripciones demasiado extensas. El arte de escribir condena la nimiedad, porque con ella pierden las ideas su fuerza, su vigor; como que se desvían y como que se desvanecen.

Ya hemos observado en la parte 1.^a de esta obra que el abuso de la descripción es uno de los caracteres de las literaturas decadentes. Hoy domina este abuso en dos bandos opuestos, los neo-románticos discípulos de Victor Hugo y los llamados naturalistas. (Consúltese el capítulo 19 de la presente obra.)

No obstante lo dicho, en *Gil Gómez* se encuentran cuadros agradables y vivas pinturas.

Para no extendernos demasiado, sírvanos de ejemplo el siguiente retrato del Cura Hidalgo:

"Era Hidalgo un anciano que representaba tener más de 60 años; su frente y la parte anterior de su cabeza, desprovistas enteramente de pelo, estaban marcadas por esas huellas que dejan sobre algunos hombres extraordinarios, más que el tiempo, el estudio y la meditación. Su tez era morena, pero extremadamente pálida, con esa palidez casi enfermiza que causan las vigiliias y las amarguras de la vida; sus ojos lanzaban miradas ardientes y profundas que algo amortiguaban, sin embargo, la melancolía y la benevolencia. Su nariz recta, su boca pequeña, con ese recogimiento particular hacia las comisuras que impone la fruición íntima del alma; y aquel rostro tan sereno, tan noble, tan profundamente pensador, por decirlo así, estaba inclinado sobre el pecho, como si el peso de la reflexión ó del martirio de la existencia lo hubieran doblgado.

"Su estatura era mediana, delicada, pero vigorosa, como si el espíritu le comunicara una parte de su energía y de su vida. Vestía modestamente una chupa de paño negro, sencillo, un chaleco del mismo color se abotonaba gravemente sobre su pecho, unos calzones del mismo paño se continuaban con unas medias de lana negra, siguiendo severamente en el traje la costumbre adoptada por todos los religiosos que pertenecían al clero pobre, que era lo que el Arzobispo había establecido."

Desde el título de la novela que examinamos se anuncia el principal defecto de ella: *Gil Gómez el insurgente ó la Hija del médico*, indica dos acciones, dos argumentos.

Efectivamente, la historia de Clemencia no tiene más relación con la de Gil Gómez sino que éste, al principio de la

obra, aparece como tercero en los amores de Clemencia y Fernando, y al fin de la novela le salva la vida á su hermano adoptivo.

Aun el carácter de los personajes presenta un aspecto distinto; Gil Gómez es un tipo realista, mientras Clemencia y Fernando son seres que tienden al idealismo.

Vamos á demostrarlo con algunos ejemplos:

Gil Gómez era un joven—"tan alto, tan flaco, tan nervioso, que personificaba la imagen de *Juan Largo*, descrito "por el Pensador mexicano."—Por sus inclinaciones tendía á ejercitarse en actos materiales, los más comunes; no le gustaba el estudio, no tenía aptitud para las ciencias ni las artes; pero era diestro en correr, andar á caballo, lazar, manejar las armas, etc. Sus maneras fueron enteramente prosaicas; la dama de sus pensamientos era una moza robusta y colorada, con la cual se entendía tosiendo, haciendo señas, marcando las horas con los dedos y, por último, escribiéndole cartas, como la siguiente:

—«Pues si de veras me quiere Ud. déme una prenda como un mechoncito de su cabello, una tumbaga ó lo que fuere más de su gusto. Cuando veo á Ud. todo mi corazón late, porque me parece que veo á la burra de Balaan.»

Las demás escenas de la vida de *Gil Gómez* continúan siendo realistas, desde las hambres que pasó y lances con las miserias consiguientes cuando se propuso seguir á Fernando, hasta sus aventuras de soldado al lado de Hidalgo.

Por el contrario, he aquí el retrato poético de Clemencia:

«Era una joven blanca como una inglesa, pálida como una estatua de mármol, con una frente despejada como un cielo de verano, con unos ojos de un azul oscuro particular que deja transparentar las niñas y que lanzan una mirada prolongada, adormecida, silenciosa, con una nariz recta y fina, casi transparente hacia las extremidades, con una boca pequeña como la de un niño, que nunca se entreabría para decir un sarcasmo ó un chiste, que sólo parece formada para exhalar plegarias ó palabras de amor, cabello de color castaño oscuro, bajando á los lados de la frente, cubriendo unas orejas pequeñas y finas y anudándose hacia otras para formar ese sencillo peinado de las inglesas; un óvalo de cara, un tipo particular, un cuello, una estatura altiva

«y sencilla á la vez, modesta y aristocrática como más la hermosa de las mujeres de la Biblia; y luego esa joven que entona un cantar místico y armonioso como todos los de los Puritanos, y una joven huérfana que en su semblante está revelando la pureza de sus sentimientos, la inocencia, la pasión, la poesía de su aislamiento.»

Relativamente hablando, no es menos poético el tipo de Fernando, tanto en lo físico, como en lo moral.

Respecto al carácter ideal del amor de Fernando y Clemencia bastará observar que Díaz Covarrubias lo supone enteramente casto, puro, espiritual.

El siguiente cuadro que representa la pasión de esos dos jóvenes es imitado de una novela sentimental, el *Rafael* de Lamartine; y en el mismo cuadro se encuentran algunas otras imitaciones de autores contemporáneos:—«Esta semejanza de edad, de carácter, de costumbres, de inclinaciones, de pensamientos; este aislamiento común en medio de una aldea solitaria, que no presentaba ningunas otras distracciones al corazón; estas largas horas pasadas solas en compañía, escuchando en monótono ruido de la lluvia que fuera azotaba los cristales de la habitación, ó contemplando con el mismo arrobamiento, con igual éxtasis el hermoso espectáculo de los silenciosos y serenos campos iluminados por la blanca luz de la luna; esta conversación inocente pero sin testigos, estas lecturas en que figuraban personajes tan interesantes á los ojos de los jóvenes y en situación tan análoga con la suya; esta vida corriendo en común armonizada por la música del piano y embellecida por un perfume de melancolía y recogimiento interior, que la semejanza hacía nacer; estas palabras vagas, incoherentes, estas confidencias á media voz, de lo que se soñó anoche, de lo que se pensó durante el día, de esas alegrías ó dolores ocultos de la vida, hicieron nacer en los dos jóvenes, sin saberlo, sin comprenderlo, primero amistad, amistad entre un joven y una señorita, pero que tan pronto degenera en una ternura dulce, en un cariño, en un amor, en una pasión.»

Es de alabar en Díaz Covarrubias que sostenga bien los caracteres, sean realistas ó idealistas; que su realismo nunca degenera en lo bajo y grosero y menos en lo obsceno ó

inmoral; que su idealismo no pase á fantástico ó extravagante.

Díaz Covarrubias, por otra parte, no falsifica los hechos reales á que se refiere, y más bien peca por el extremo contrario, pues intercala en su novela comunicaciones puramente históricas, juicios críticos de los historiadores y aun copia documentos oficiales, los cuales, aun en una historia verdadera, deben dejarse para las notas ó el apéndice.

Esto no obsta para que el novelista mexicano sepa más frecuentemente ligar, por medio de la acción romancesca, los hechos reales con los supuestos.

En *Gil Gómez* se halla amenizada la narración con algunas máximas ó pensamientos oportunamente intercalados, según es permitido hacerlo aun al mismo historiador; pero á veces esas máximas ó pensamientos se extienden hasta formar disertaciones pesadas sobre puntos filosóficos, políticos y hasta médicos: hay un pasaje donde se tropieza al lector con una lección de patología sobre la clorosis.

La filosofía y la moral de la novela, deben desenvolverse por medio de la acción de ella; de otro modo se convierte en otro género de escrito, en tratado didáctico.

Observemos también que en *Gil Gómez* no hay lances verdaderamente absurdos como en otras obras del género; pero sí casos inverosímiles y hechos sin aplicación satisfactoria.

Gil Gómez es un muchacho sin ideas sociales ni políticas, criado entre españoles, que iba en busca de un hermano suyo al servicio de España. ¿Cómo tan repentinamente se vuelve patriota, se decide á traicionar á los suyos y á tomar las armas contra su queridísimo Fernando?

¿Cómo es que Hidalgo, hombre astuto y experimentado, se deja llevar de la primera impresión para acoger calurosamente á Gil Gómez y confiarle luego una empresa delicadísima? Todo esto no es real ni ideal, sino falso.

Los caracteres de Regina y de D. Juan son exagerados, son unos tipos que afortunadamente no existen, de perversidad supuesta con poco disimulo para hacer odiosa la aristocracia hispano-americana.

Díaz Covarrubias muestra con esto que no conoce bien la filosofía de la historia; tan natural era que los americanos peleasen por la independencia, como que los españoles de-

fendiesen los derechos que pacíficamente habían adquirido durante tres siglos. Desgraciadamente hasta ahora la guerra es el único tribunal de las naciones.

Más adelante aparece en la novela *Gil Gómez*, como caso enteramente inverosímil, la circunstancia de que D. Juan continuase salvado entre los acompañantes de Hidalgo, cuando dos veces había querido asesinarle.

Tampoco se explica bien la facilidad con que D. Juan persuade á Fernando de que Regina es una mala mujer é indigna de su amor. Lo más forzado es la inesperada semi-resurrección de Gil Gómez y su milagrosa presencia en el lance crítico, cuando es preciso que el autor de la novela salve á Fernando: *Deus ex machina*.

El desenlace (que es donde los escritores deben pulirse más), tiene dos graves defectos. Por una parte, es la repetición del final de *Sensitiva*, que ya hemos visto, se reduce á un recurso sin novedad, sin originalidad. Por otro lado, los detalles de la muerte de Clemencia son el reflejo de un original de pésimo gusto literario, la conocida *Dama de las Camelias*, que muere de tos, ansias, náuseas, vértigos, etc.

No se comprende cómo una enfermedad asquerosa puede servir de ideal poético; ó es una de tantas extravagancias del romanticismo contemporáneo. (Véase nuestro estudio sobre el romanticismo, al tratar de Rodríguez Galván, parte primera, capítulo 13).

Empero, los defectos de las diversas novelas de Díaz Covarrubias encuentran disculpa en el ánimo del crítico imparcial.

Por una parte, la agitación de espíritu que el joven novelista debe haber experimentado con las desgracias de su corta vida. En segundo lugar, el hecho psicológico de que existe del contagio intelectual de escuela: el socialismo por una parte y el ultra-romanticismo por otra, privando entre los escritores que estudiaba Díaz Covarrubias y que solía adivinar.

Por último, la falta de experiencia; nuestro novelista murió cuando empezaba á vivir en todo su desenvolvimiento intelectual, cuando su florescencia comenzaba á fructificar.

Lo bueno que produjo fué, pues, el resultado de su ingenio verdaderamente precoz. Las grandes producciones literarias, como han explicado ya algunos críticos (v. g. He-

gel en Alemania y Revilla en España), son fruto de la edad madura y no de la juventud, como comunmente se supone; el literato necesita, como en el mundo, tener experiencia de la vida para concentrar en sus obras lo ideal y lo real.

Singularmente el dramaturgo y el novelista, para pintar en sus obras el corazón humano necesitan conocerle profundamente, no en teoría, sino merced á largas observaciones prácticas.

CAPITULO IV.

Novelas de Justo Sierra (padre) y de Florencio M^o del Castillo.—Otros novelistas mexicanos hasta nuestros días.

Justo Sierra (padre) y Florencio M^o del Castillo, siguiendo nosotros el orden de las ideas más bien que el cronológico, marcan en la novela mexicana un grado de adelantamiento, respecto á Fernando Orozco y á Díaz Covarrubias, de quienes hemos tratado en el capítulo anterior.

Justo Sierra escribió tres novelas, *El Mulato*, *Un año en el Hospital de San Lázaro* y *La Hija del Judío*. La primera nos es desconocida, no obstante que para obtenerla nos hemos dirigido no sólo á los libreros, sino á la familia del autor.

Creemos bastante, sin embargo, para tener idea de Sierra como novelista, analizar las dos obras que, por otra parte, son las de más mérito según la voz pública.

He aquí el argumento de *Un año en el Hospital de San Lázaro*.

El joven Antonio, en un momento de extravío y por malas compañías, contrae una enfermedad vergonzosa que, más tarde, se convierte en lepra ó enfermedad de San Lázaro.

Las leyes sanitarias del país reducen el brillante porvenir del joven á ser encerrado en el Hospital San Lázaro, situado en Campeche, donde pasa un año sufriendo dolores físicos y más que todo acervas penas morales; la separación de sus parientes y de los amigos; la proscripción de la sociedad toda; la compañía de seres asquerosos y muchos moralmente degenerados.

Sin embargo, Antonio encuentra algunos consuelos en el estudio, en la contemplación de la naturaleza, especialmen-